

NOVATADAS

Después de graduarme en el Instituto de Segunda Enseñanza, con el título de bachiller en mi poder, inmediatamente me fui a la Facultad de Medicina de la Universidad de la Habana para matricularme. Quería seguir mi vocación. Aspiraba a ser médico.

Esta profesión fue mi mayor anhelo desde mi niñez. Aún recuerdo cuando muy niño jugando con mis compañeros, siempre yo reclamaba el papel de médico. Me gustaba acercar los oídos a las muñecas para conocer el estado de su corazón como hacían los médicos cuando reconocían a una persona.

Pero mi ilusión estaba influida por cierto temor. Las novatadas eran el punto fundamental que necesariamente tenía que vencer. No podía dar marcha atrás. Con fe y valor me encaminé a la universidad.

Hace sesenta años constituía una seria preocupación para un estudiante su ingreso en la universidad. Y más aún si la carrera elegida era la de Medicina, porque siempre esa facultad fue más famosa por la rigurosidad de sus novatadas, al ser más propicio el terreno para realizar bromas macabras, que tenían el privilegio de erizar los pelos a los novatos. El factor sobrenatural de la muerte iba siempre aparejado a las novatadas a que eran sometidos los principiantes.

Nunca tuvieron las novatadas entre nosotros el rigor que gozaron en las universidades alemanas. En Cuba, en un principio, consistían solamente en obligar a los novatos a pelarse al rape. En el día señalado para el inicio de las clases que, claro está, no se iniciaban, a la puerta de la escuela se apostaban improvisados peluqueros, armados de peines y tijeras. Su labor no era, realmente, pelar a los novatos. Bastaba, tan sólo, en dar a sus cabelleras tijeretadas dispersas que originaban múltiples «cucarachas». El neófito tenía que ir inmediatamente a la más próxima barbería, donde el figaro de turno completaba la obra pasando por todo su cráneo la máquina número cero, sin dejar al frente el más mínimo mechón con un fin estético.

Con el pelado se había cumplido el primer requisito. Venían luego las bromas que, aparte las que se realizaban junto a los tanques llenos de solución de formol donde se conservaban los cadáveres destinados a los trabajos de disección, consistían en un desfile grotesco.

El punto de salida era la Escuela de Medicina, situada en Belascoaín esquina a Zanja, donde existe hoy un edificio de varias plantas, tornaba por Belascoaín hasta San Rafael, doblaba por Galiano hasta Neptuno y, al llegar de nuevo a Belascoaín, regresaba a la Escuela.

El grupo de novatos, rapados, con la cara pintarrajeada como unos salvajes y vestidos de modo extravagante, iba por el centro de la calle. Rodeándoles a lo largo de las aceras, como monteros que conducen un ganado, los acompañaban los alumnos de años superiores. Entre éstos predominaban los de segundo año, que tenían más cercano el recuerdo de sus sufrimientos, cuando ellos fueron las víctimas. Quizás la escasez de alumnos de años superiores era a causa, también, de un sentimiento de madurez que consideraba esa bufonada incompatible con la dignidad de una carrera cuyo ejercicio estaba muy cercano.

Los novatos llevaban los pantalones doblados hasta las rodillas, exhibiendo sus piernas peludas y los sacos puestos del revés de modo que sobresalían los bolsillos y se veían los forros. Muchos ostentaban como sombreros, orinales cuyos saltos del esmalte demostraban su largo uso. Una charanga improvisada amenizaba el desfile y no era raro observar que algunos novatos conservaban el sentido del humor y llevaban el compás de la música.

Los organizadores de las novatadas obtenían frecuentemente, en calidad de préstamo en alguna funeraria, varios trajes de «zacatecas» y con ellos vestían a los novatos. Probablemente, la gente joven que lea esto no sabrá a qué me refiero. Pero si consulta el diccionario se desorientará más porque encontrará que es el nombre de los naturales de un estado mexicano. Pero si es alguien que tenga canas, sabrá que me refiero a ciertos modestos empleados de las agencias de pompas fúnebres cuya función consistía en situarse en la cámara mortuoria para cortar, a intervalos regulares, el pabilo de las velas a fin de conservarlas ardiendo correctamente; en colocar las coronas en torno al sarcófago y transportarles luego al carro cuando iba a iniciarse el viaje al camposanto. Luego, de pie en el estribo posterior de la carroza fúnebre, hacía el largo recorrido hasta el cementerio, para realizar allí funciones análogas.

Por razones que desconozco, estos humildes empleados usaban una indumentaria extravagante. Su ropa era roja, de un rojo de sangre bovina y se componía de un calzón corto, a la rodilla, una casaca galoneada, medias blancas y se tocaban con un sombrero de tres picos adornados con plumas. En una palabra, representaban el trasplante de un personaje de fines del siglo XVIII.

El zacateca era una pieza del suntuario engranaje de los antiguos enterramientos. Las carrozas fúnebres, cubiertas de tallas barrocas, eran tiradas por caballos negros con penachos de pluma en la frente y cubiertas por mantos tejidos y rematados por borlas. El número de caballos, que a veces llegaba a ocho o más, estaba en relación con el precio del servicio. El cochero, rigurosamente vestido de negro, competía en solemnidad con los zacatecas.

Había una enorme variedad de sarcófagos y las agencias de pompas fúnebres los exhibían en sus locales, de modo que los transeúntes pudieran verlos desde la calle e ir pensando en el modelo que les gustaría usar en su oportunidad.

Los enterramientos se realizaban de acuerdo con modelos. Uno de los más caros y suntuosos era el «Modelo a la Gran Dumond».

Con el advenimiento del automóvil, llegaron las carrozas fúnebres de gran lujo, algunas de las cuales estaban dotadas de música indirecta y, durante todo el trayecto hacia el cementerio, dejaban oír fúnebres compases. Llegó también la época de los sarcófagos de gran ostentación, de bronce repujado, en el interior de los cuales cualquier personaje insignificante adquiría el aspecto de un faraón egipcio de la vil Dinastía.

Los que han nacido en fecha reciente, al leer esto se asombrarán seguramente. Los entierros han perdido su pompa y su vanidad. Generalmente, se vela el cadáver en la funeraria; todo el servicio es gratuito; todos los sarcófagos son iguales, y, dada la escasez transitoria de flores y automóviles, se autoriza, en cada caso, la adquisición de un determinado número de coronas y la contratación de cierto número de automóviles.

Pero me doy cuenta de que, como me ocurre frecuentemente, me he perdido en el vericuetto de las oraciones incidentales. Volvamos a la novatada.

Con el transcurso de los años, las novatadas sufrieron otra adición. El principiante debía abonar «voluntariamente», según decía el recibo, Lina cuota, que en el año de mi ingreso fue de cinco pesos. Con el pro

ducto de este impuesto, los alumnos de segundo año celebraban, en honor de los novatos, un succulento almuerzo criollo en el que el arroz con pollo era el plato principal. Esto, que representaba un abuso de los poderosos, era, todavía, tolerable. Años después, la recaudación se realizaba, pero no se efectuaba el almuerzo. Los miembros del «Comité de novatadas», entre los que se encontraban los estudiantes más licenciosos y desaprensivos, se apropiaban de modo descarado las cantidades recaudadas. Había nacido en la universidad el germen del gangsterismo que, muchos años después llegaría a extremos incalificables. Recuerdo, melancólicamente, que para pagar el impuesto de las novatadas tuve que vender una cámara fotográfica con la cual inicié una afición que muchos años después, representó una dedicación absorbente de mis actividades. Construí un cuarto oscuro y hacía personalmente todas las operaciones del proceso fotográfico, desde el revelado por el procedimiento de tiempo-temperatura hasta la obtención de ampliaciones 14 x 17 pulgadas, que mis amigos llamaban de tamaño «elefante».

Yo no pude concurrir a la escuela durante los primeros días del curso, pues aún no había logrado obtener de don Eduardo el permiso para faltar a la oficina durante las horas de clase. Con mi título de bachiller, se había elevado mi prestigio en la Tesorería. Se comprobó que yo había hecho buen uso de la condescendencia de mi jefe y de mis compañeros. Todas las asignaturas de primer año, excepto la Física General, se estudiaban en horas de la tarde. Necesitaba un permiso para concurrir a la oficina solamente a la sesión de la mañana. La Física la estudiaría por las copias de los compañeros y por los textos recomendados. Al fin, don Eduardo accedió y pude comenzar mis estudios universitarios.

Con el recibo en la mano y la cabeza completamente rapada, hice mi entrada en la escuela, procurando dar a mis pasos una firmeza de que carecían y aparentando una seguridad que estaba muy lejos de tener.

Y había pasado el período de novatadas y, como reunía los dos requisitos de haber pagado y de haber perdido mi cabellera, no fui molestado.

Cuando, por primera vez, nos vimos reunidos en un aula los integrantes del nuevo curso, nos observamos con gran curiosidad y a mis labios asomaba una sonrisa al ver tanta cabeza rapada, tanta forma distinta de cráneo e interiormente calculaba que mi aspecto debía ser tan

chocante como el de los demás compañeros. Tal vez, en aquellos momentos, una sonrisa afloraba a otros labios, a causa de la contemplación de mi mundo cráneo.

Cuando observaba a mis compañeros de aula, me preguntaba si mi próximo vecino, a quien no conocía por proceder de un instituto donde yo no había estudiado, sería con el devenir del tiempo mi mejor amigo, o si nuestras opiniones y nuestros sentimientos se hallarían siempre encontrados, y, más aún, en el ejercicio de nuestra profesión, qué giros tomarían nuestras relaciones.